

# Alain de Benoist

## Contra el liberalismo



**“LA SOCIEDAD NO ES UN MERCADO”**

# CONTRA EL LIBERALISMO

Alain de Benoist

CONTRA EL LIBERALISMO

Traducción y edición de  
Jesús Sebastián Lorente

**Ediciones  
Insólitas**

Primera edición: septiembre de 2020

Original French edition:

Contre le libéralisme La société n'est pas un marché

© 2019, Groupe Elidía Éditions du Rocher 28, rue Comte Félix Gastaldi - BP 521 - 98015 Monaco

*www.editionsdurocher.fr*

Difusión de revistas y libros, S. L. U., 2020

© Alain de Benoist, 2020

© Éditions du Rocher, por la edición francesa, 2020

Traducciones de Jesús Sebastián Lorente y Esther Herrera Alzu

Con la colaboración de Elinactual.com

ISBN: 978-84-948825-9-3

Depósito Legal: M-32840-2019

Grupo Editorial Insólitas

Ramiro II, 6

28003 Madrid

[editorial@edicionesinsolitas.com](mailto:editorial@edicionesinsolitas.com)

[www.edicionesinsolitas.com](http://www.edicionesinsolitas.com)

# ÍNDICE

INTRODUCCIÓN .....	9
I. ¿QUÉ ES EL LIBERALISMO? .....	57
II. COMUNITARIOS VERSUS LIBERALES .....	67
III. LIBERALISMO E IDENTIDAD .....	III
IV. LA FIGURA DEL BURGUÉS .....	127
V. CRÍTICA DE HAYEK .....	165
VI. DEMOCRACIA REPRESENTATIVA Y DEMOCRACIA PARTICIPATIVA .....	221
VII. LIBERALISMO Y DEMOCRACIA .....	231
VIII. LA TERCERA EDAD DEL CAPITALISMO ..	249
IX. CONSERVAR ¿EL QUÉ? LOS EQUÍVOCOS DEL CONSERVADURISMO .....	277
X. ¿TODOS PRECARIOS! EL TRABAJO EN LA HORA DE LOS «HOMBRES QUE SOBRAN» .	291

## INTRODUCCIÓN

Cuando se afirma que el liberalismo es la ideología dominante de nuestro tiempo, siempre encontramos buenos espíritus indignados alegando, por ejemplo, el aumento del gasto público o el nivel de las retenciones obligatorias en nuestros países. Pero esto es ver el problema a través de unos pequeños anteojos. Una sociedad liberal no es exactamente lo mismo que una economía liberal. Es, sin embargo, una sociedad donde domina la primacía del individuo, la ideología del progreso, la ideología de los derechos humanos, la obsesión por el crecimiento, el lugar desproporcionado que tiene el valor mercantil, la sujeción del imaginario simbólico a la axiomática del interés, etc. Principal heredero de la filosofía de la Ilustración, que afirma la supremacía de la razón, estableciéndola como un principio universal al que todos los hombres tienen acceso naturalmente, el liberalismo ha adquirido un alcance mundial desde que «la globalización ha instituido al capital como el auténtico sujeto histórico de la modernidad capitalista, y al valor como norma universal de regulación de las prácticas sociales»<sup>1</sup>. Está en el origen de la mundialización, que no es más que la transformación del planeta en un inmenso mercado. Inspira lo que hoy se llama el «pensamiento único». Y, por supuesto, como cualquier ideología dominante, es también la ideología de la clase dominante.

---

1. Maxime Ouellet, *Les «anneaux du serpent» du libéralisme culturel: pour en finir avec la bonne conscience*, texto en línea.

El problema, cuando hablamos de liberalismo, es que entramos en la trampa de las palabras. Si por «liberal» entendemos un espíritu abierto, tolerante, partidario del libre examen y de la libertad de juicio, o bien incluso hostil a la burocracia y al asistencialismo, como al estatalismo centralizador e invasor, el autor de estas líneas no tendría, evidentemente, ninguna dificultad para adoptar, por su cuenta, este término. Pero el historiador de las ideas sabe muy bien que tales acepciones son triviales. El liberalismo es una doctrina filosófica, económica y política, y como tal, evidentemente, debe ser estudiado y juzgado.

La vieja división derecha-izquierda es, al respecto, de poca utilidad. Como recuerda Jean-Claude Michéa, los liberales «constituyeron, durante toda la primera mitad del siglo XIX, el ala mercantil de la izquierda original». <sup>2</sup> Solo más tarde el liberalismo se encontrará desplazado hacia la derecha –al mismo tiempo, por otra parte, que la ideología del progreso–, al menos en la Europa continental, puesto que, en los Estados Unidos, los «liberales» siguen siendo vistos como «izquierdistas». Mientras que, en Europa, los «liberales» –que pueden ser «de derechas» o «nacional-liberales»– se definen, ante todo, como partidarios de la economía de mercado y del librecambio, en los Estados Unidos el «liberalismo» tiene, en efecto, un sentido exclusivamente político y se refiere únicamente a la doctrina de la libertad individual, del gobierno limitado y del contrato social. Los «liberales» pueden, entonces, ser considerados como los adversarios de izquierda de los conservadores, lo que no es el caso, generalmente, en los países europeos.

---

2. Jean-Claude Michéa, *Le complexe d'Orphée. La gauche, les gens ordinaires et la religion du progrès*, Climtas, París, 2011.

Es, por otra parte, evidente que existe, en el seno del liberalismo, un gran número de autores y de corrientes diferentes: liberalismo «clásico» y liberalismo «moderno», liberalismo continental europeo y liberalismo anglosajón, liberalismo «evolucionista» y liberalismo «racionalista», etc. Igual que se ha podido distinguir, incluso oponer, entre liberalismo político y liberalismo económico, algunos han identificado dos grandes y principales corrientes, una que iría de Burke a Hayek, y otra de Locke a los libertarios americanos<sup>3</sup>. Otros prefieren distinguir entre aquellos que ven en el liberalismo el establecimiento de principios universales y aquellos que ven en él un medio de coexistencia pacífica, o bien entre aquellos que son hostiles a la regulación estatal en nombre de la eficiencia económica y aquellos que le son hostiles en nombre de la libertad. Otros, además, especialmente sensibles a ciertas evoluciones actuales, oponen el «neoliberalismo» al liberalismo clásico<sup>4</sup>. No entraremos aquí en este abundante debate,

---

3. Los libertarios se reparten en dos tendencias: los partidarios del «Estado mínimo» o «minarquistas», que admiten, al menos, que un Estado puede existir sin que deba violar los derechos, como Robert Nozick (*Anarchy, State and Utopia*, Basic Books, New York, y Basil Blackwell, Oxford, 1974) o James M. Buchanan, fundador de la escuela del «Public Choice» (*Les limites de la liberté. Entre l'anarchie et le Léviathan*, Litec, París, 1992), y los «anarcocapitalistas», según los cuales todo Estado es, por definición, ilegítimo e inmoral, como Ayn Rand, David Friedman (*Vers une société sans État*, Belles Lettres, París, 1992), Karl Hess o Murray Rothbard (*L'éthique de la liberté*, Belles Lettres, París, 1991).

4. Una de las grandes características del «neoliberalismo» es la modificación de la visión sobre el Estado, el cual no es siempre visto como un obstáculo intrínseco al libre desarrollo de los intercambios sino, en razón de su carácter cada vez menos político y de su alineamiento con los principios de la «gobernanza», como un auxiliar del mercado, encargado especialmente de introducir las reglas de la competencia y de la desregulación donde éstas no

que es ciertamente apasionante, pero que no es el objeto de este libro<sup>5</sup>.

Los textos aquí reunidos tampoco tienen por objeto discutir los buenos fundamentos de tal o cual argumentario económico liberal, ni siquiera evaluar los méritos del libre comercio o del proteccionismo (aunque se comparen, confrontándolos, ambos sistemas), ni el interés de la «*flat tax*»<sup>6</sup>, ni la necesidad de disminuir el alcance del gasto público. Tampoco es un cuestionamiento de autores de primer plano, como Tocqueville o Raymond Aron –respecto a los que la etiqueta de «liberal» no es suficiente para definirlos. Es, más bien, un trabajo de filosofía política que se esfuerza en ir a lo esencial, al corazón de la ideología liberal, a partir de un análisis crítico de sus funda-

---

existan todavía. El neoliberalismo, en otras palabras, solicita al Estado intervenir en favor de la no-intervención, haciendo aplicar las reglas sin las cuales la economía de mercado no podría funcionar. El recurso a la autoridad de la «regla del derecho», añadida al chantaje de la fuga de los capitales, permite así superar el viejo dogma «dejar-hacer» mancheteriano. Esta evolución, que que ya fue esbozada en el célebre «Coloquio Walter Lippmann» en 1938, en París, a iniciativa de Louis Rourgiér, se afirmó todavía con más fuerza desde la época del reagan-thatcherismo, que relanzó en los años 1980 la moda de los «nuevos economistas».

La conclusión que se puede extraer es que el Estado no constituye ya, hoy en día, una muralla contra la invasión del mercado, como podría creerse todavía en la época de Keynes. Escribe Christian Laval: «... el Estado no se opone simplemente al mercado, no es algo puramente externo al mercado, es más que nunca un elemento interno del sistema de mercado, cuya intervención es indispensable para el funcionamiento del sistema capitalista» («*Les gauches françaises et la nature du néolibéralisme*», en Juliette Grange y Pierre Musso, ed., *Les socialismes*, Le Bord de l'eau, Lormont, 2012).

5. Sobre la diversidad y las ambigüedades de la «familia liberal», ver especialmente Françoise Orazi, *L'Individu libre. Le libéralisme anglo-saxon de John Stuart Mill à nos jours* (Classiques Garnier, París, 2018).

6. Impuesto plano, con una tasa marginal constante, (*N. d. T.*).

mentos, es decir, de una antropología esencialmente fundada sobre el individualismo y el economicismo. Como el teólogo John Milbank, nosotros pensamos, en efecto, que el liberalismo es, en primer lugar, un «error antropológico». Esta es la razón por la que hablamos de liberalismo (y no de «ultraliberalismo»), fórmula equívoca que podría hacer pensar que el liberalismo sería aceptable en tanto no cayera en ciertas exageraciones) para designar esta ideología y para hablar también de su correlato natural: el capitalismo.

La cultura del narcisismo, la desregulación económica, la religión de los derechos humanos, el colapso de lo comunitario, la teoría de género, la apología de los híbridos de cualquier naturaleza, la emergencia del arte contemporáneo, la telerrealidad, el utilitarismo, la lógica del mercado, la primacía de lo justo sobre el bien (y del derecho sobre el deber), la libre elección subjetiva erigida en regla general (el libre albedrío), el gusto por la basura, el reinado de lo desechable y de lo efímero programado, todo esto forma parte de un sistema contemporáneo en el que, bajo la influencia del liberalismo, el individuo se ha convertido en el centro de todo y ha sido erigido en criterio de evaluación universal. Comprender la lógica liberal es comprender lo que liga a todos estos elementos entre sí y los hace derivar de una matriz común.

El liberalismo, por sí solo, no resume la modernidad, pero es su representante más ilustre («la forma más coherente del proyecto moderno, dice Michéa, pero no su forma exclusiva»). Con frecuencia, la modernidad ha sido descrita como la época en la que el modo de vida heterónoma cede el lugar al modo de vida autónoma, es decir, como el momento en que se pasa de una sociedad donde los comportamientos estaban normalizados por un elenco de creencias y tradiciones a otra

sociedad donde el hombre se concibe como potencia libre para crearse exclusivamente a partir de sí mismo. Esta concepción contiene una parte evidente de verdad, pero encuentra también rápidamente sus límites, porque la modernidad no ha terminado con ciertas dependencias y obligaciones más que para sustituirlas por nuevas formas de alienación: explotación del trabajo, sujeción a la ley del valor, transformación del sujeto en objeto, soledad en la multitud, absurdidad del trabajo forzado, colapso de la vida interior, inautenticidad de la existencia, condicionamiento publicitario, tiranía de la moda, desaparición de la intimidad, judicialización generalizada, falsedades mediáticas, control y vigilancia social, reino de lo políticamente correcto, etc.

La modernidad se comprende mejor cuando vemos el momento en que la sociedad ya no se sitúa en primer lugar, sino que es el individuo el considerado como precedente de todo hecho social, el cual no sería sino un simple agregado de voluntades individuales. Considerado como un ser fundamentalmente independiente de sus semejantes, el hombre es redefinido paralelamente como un agente que busca permanentemente maximizar su mejor interés, adoptando así el comportamiento del comerciante negociador en el mercado (*homo œconomicus*). Este giro sin precedentes es precisamente el hecho generador del liberalismo. «La historia europea moderna, en su eje fundamental, puede resumirse en esta fórmula: la concretización del individuo abstracto», observa Marcel Gauchet<sup>7</sup>. En este sentido no es exagerado hablar de revolución individualista, una revolución que debe apreciarse, evidentemente, en el largo plazo, porque no

---

7. «*Les métamorphoses de la personnalité contemporaine*», conferencia en La Salpêtrière, 18 de enero de 2018.

solamente afecta a la sociedad, sino que también transforma las personalidades, las costumbres y las mentalidades.

El individualismo legitima los comportamientos egoístas<sup>8</sup>, pero sería un grave error concebir esto como un simple sinónimo de egoísmo, o de reducirlo al egocentrismo, al narcisismo de los egos. Hay un individualismo anarquista, e incluso un individualismo aristocrático, pero el sentido pleno del término individualismo del que aquí hablamos está, en primer lugar, vinculado al ascenso de las clases y los valores burgueses. El individuo, además, no es la persona, y el individualismo no se corresponde con un mayor reconocimiento de aquella.

Marcel Gauchet ha mostrado claramente la diferencia entre la individuación biopsíquica y la individualización social. Las sociedades antiguas, donde la legitimidad se basaba en creencias, costumbres compartidas y tradiciones ancestrales, eran sociedades sin individualización social, lo que no impedía que las personalidades individuales se afirmaran de forma eminente. «Las sociedades sin individualismo implican una fuerte individuación, escribe Gauchet, mientras que el individualismo, tal y como lo conocemos, hace muy problemática la individuación».

En tanto que componente estructural de la modernidad, la individualización social es indisociable del surgimiento del discurso de los derechos, en la medida en que, para el liberalismo, el hombre se define, ante todo, como un portador de

---

8. Esta afirmación, según la cual el hombre es, ante todo, un ser egoísta, ha conducido a muchos autores a atribuir al liberalismo una concepción pesimista de la naturaleza del hombre. Pero podemos ver en ello, por el contrario, la forma liberal del optimismo, puesto que es actuando según su propio interés, que el individuo está censado a servir al mejor interés de todos: el egoísmo se convierte, entonces, en una cualidad.

derechos, partiendo de que el derecho no reconoce más que a individuos iguales. El liberalismo se funda sobre la convicción de que existen derechos individuales fundamentales e inalienables que son, a la vez, anteriores y superiores a cualquier institución humana, y que el primero de estos derechos es el derecho a perseguir libremente su mejor interés. Estos derechos son, evidentemente, puramente formales (el derecho al trabajo no concede automáticamente un empleo), pero éste no es el punto importante, sino el siguiente: el derecho fundamental es, sobre todo, el derecho a tener derechos. La sociedad de individuos es, a la vez, una sociedad cuyos individuos constituyen, en última instancia, el único y último componente (el átomo social indiviso) y una sociedad cuya legitimidad se basa exclusivamente en el derecho: «La sociedad producida por los individuos es la sociedad encargada de producir a los individuos que la componen, dándoles los medios para conducirse en tanto que individuos». Decir que el hombre posee derechos en tanto que hombre implica, en efecto, que ser hombre se define por detentar derechos: una sociedad de individuos es una sociedad donde el individuo portador de derechos es la única fuente de legitimidad, porque solo es considerado como auténticamente humano el individuo separado titular de derechos. Es la razón por la cual, en tal sociedad, los modos de afirmación comunitaria, incluso cuando no tienen nada de convulsivos, son percibidos enseguida como patológicos. Es también la razón por la que los restos de estructuras colectivas no contractuales, como la familia, están en permanente deslegitimación<sup>9</sup>.

---

9. «Solo hace cincuenta años que se apela a los derechos humanos ante los tribunales, recuerda Marcel Gauchet. Hasta entonces parecía una idea aberrante. Hoy, en todos los sistemas democráticos, los derechos humanos se han convertido en derechos positivos, inscritos en el derecho jurídico y a